

LA MEDICINA ITALIANA *

Por el Dr. ALFONSO PEUNEDA,
académico de número.

La historia de las Ciencias sirve, entre otras cosas, para recordar lo que los sabios han hecho por el progreso del conocimiento humano y, también, para tener presente lo que les permitió contribuir a la mejoría de las condiciones de la vida humana. En esa historia ocupa lugar eminente la de la Medicina, porque los progresos de las ciencias médicas han contribuido con notoria eficacia a que la Humanidad disfrute los beneficios de la medicina preventiva, la que pugna por la conservación y mejoramiento de la salud, y los de la medicina curativa, la que persigue la recuperación de tan preciado bien. Y esto es igualmente válido, lo mismo cuando se trata de la medicina individual, como cuando se entra al dominio de la medicina social.

En este movimiento en pro del bienestar humano han participado y siguen participando, aunque en diversa escala, todos los países civilizados. Muy conocida, a este respecto, es la obra de los médicos de Francia, de Alemania, de Inglaterra, de los Estados Unidos, de España, de diversos países hispanoamericanos, entre ellos, el nuestro; pero, a pesar de su importancia, no se conoce suficientemente lo que la Medicina Italiana ha hecho en bien de la Humanidad. Por eso me ha parecido que sería útil hacer este breve resumen con algunos comentarios alusivos.

A principios de la Era Cristiana, y dentro del esplendor del Imperio Romano, la clase médica estaba ya constituida, gozando de protección legal, y la enseñanza de la medicina se había sistematizado. Pero lo más notable fué la importancia que se dió a la higiene, cuya legislación no fué igualada en 20 siglos, según Arturo Castiglione, autor de una valiosa

* Leído en la sesión del 18 de mayo de 1949.

Historia de la Medicina en la que se ha inspirado este resumen. Los acueductos y los baños (termas), cuyas ruinas todavía admiran los viajeros; los mercados, los albañales y otras instalaciones sanitarias son muestra patente de los adelantos de la Salubridad Romana, como lo fueron de la Asistencia, los locales en que se impartía tratamiento médico gratuito a los necesitados. En aquella época brilló singularmente la figura de Galeno, que aunque nacido en Pérgamo, en el Asia Menor, vivió por muchos años en Roma. Médico práctico, escritor, muy afecto al estudio, fué autor de numerosas obras y se le deben descripciones clínicas todavía válidas. Defendió la sujeción de la investigación a la teología y afirmó, convencido, que "el cuerpo es el instrumento del alma". Hizo estudios de fisiología, especialmente del sistema nervioso y del aparato circulatorio, y sostuvo que "toda alteración funcional corresponde a alguna lesión orgánica". La terapéutica que él recomendaba se basaba en el principio "*contraria contrariis*", y correspondía a lo que después se denominó alopátia, opuesta a la llamada homeopatía, que se funda en un principio también opuesto al de Galeno: "*similia similibus*". En el plan de estudios que el autor de estas líneas siguió en la Escuela Nacional de Medicina figuraba en el primer año la Farmacia Galénica. Y, todavía hoy, cuando se habla de un médico se dice que es un "galeno", honrando así a esos profesionistas con el nombre del ilustre médico de Pérgamo, que es justamente considerado como gloria de la Medicina Italiana.

Trascurre el tiempo y a principios del siglo ix comienza a destacarse la llamada Escuela de Salerno, que alcanzara gran esplendor en el siglo xii y cuya influencia se hizo sentir hasta fines del xiv. Se trataba de un centro radicado a orillas de la Bahía de Poestum a donde convergían las corrientes del pensamiento médico antiguo y contemporáneo, de la Escuela Griega y de la Italia meridional, desde Egipto hasta los monjes de la Europa Occidental, lo mismo los médicos judíos, que los árabes, los orientales y los de pueblos de la Europa del Norte; y cuyas conexiones fueron muy estrechas, sobre todo, con las grandes escuelas árabes. Verdadera corporación médica, fué una organización de maestros que formaban un cuerpo cerrado, que se preocupaba por la enseñanza en hospitales y laboratorios y por la dignidad conferida a los médicos. Perteneciente a la escuela hipocrática, contribuyó a que la medicina pasara de los monjes a los seglares y fué así la primera escuela en que hombres de todas las religiones trabajaban con un fin común. Entre las publicaciones que hizo se cuenta la llamada "*Flos medicinae*", en verso, con máximas sencillas y útiles, para

popularizar con buen sentido común hechos relacionados con la medicina. Una de esas máximas es un compendio ingenioso de higiene personal: "Mens hilaris, requies, moderata dieta" (mente risueña, contenta; descanso; alimentación moderada). Hace diez y seis siglos la Escuela de Salerno hacía ya, con sencillez y con éxito, propaganda y educación higiénicas.

Se inicia la Era del Renacimiento. El inmortal Leonardo da Vinci incluye en su genial obra artística, dibujos anatómicos admirables de gran utilidad a los artistas, pero también de gran provecho para los médicos y cirujanos. Falopio cultiva la anatomía y describe por primera vez algunos órganos humanos. Fabrizio d'Accuapendente se distingue como cirujano, anatómico y fisiólogo; y Gerolamo Fracastoro, de Verona, a quien en algunos aspectos, se considera como precursor de la teoría moderna de la infección, publica su célebre poema sobre sífilis, en el que expone sus ideas sobre el contagio de la enfermedad, prescindiendo de la tradición y de las supersticiones.

A principios del siglo XVII (1603) se funda en Roma la célebre Academia de Lincei (de ojos de lince), que fué así una de las primeras corporaciones científicas italianas. En la misma centuria se destacan algunos sabios de primer orden. Marcello Malpighi (1628-1694), natural de Crevalcore, Bolonia; gran anatómico e histólogo; fundador de la anatomía de los tejidos, a quien se debe el estudio de la estructura de las vesículas pulmonares, del desarrollo del óvulo, y de la circulación capilar; descubridor de los eritrocitos, y de los corpúsculos del bazo y de los glomérulos del riñón que llevan su nombre. Antonio María Valsalva (166-1723), discípulo de Malpighi y maestro de Morgagni; que estudió la anatomía y la fisiología del oído y que fué el primero que lo dividió en oído externo, medio e interno. Bernardino Ramazzini, de Capri, cerca de Módena, considerado en justicia como el padre de la higiene industrial, que publicó en 1700 el primer libro sobre enfermedades de la ocupación (*De morbis artificum*), en el que señala la acción tóxica del mercurio y del plomo en las industrias que los utilizan. Giovanni Battista Morgagni (1682-1771), de Forlì; anatomopatólogo; que combinó la observación a la cabecera del enfermo con las comprobaciones de la autopsia; se le tiene como el fundador de la anatomía patológica y como uno de los más grandes clínicos del siglo XVIII.

Ya en este siglo, sobresalen Lazaro Spallanzani (1729-1799), de Scandiani, fisiólogo notable, que hizo estudios de la fecundación, inició la práctica de la fecundación artificial; y estudió también la circulación capilar y la asfixia. Luigi Galvani (1727-1798), de Bolonia, y Alessandro Volta

(1745-1827), de Como, célebres por sus estudios sobre la electricidad y que pueden considerarse como fundadores o precursores de la electrotterapia. Rolando, Corti y Paccini (fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX), que emprendieron serias investigaciones sobre la anatomía del cerebro, del oído y de la retina, algunas de cuyas estructuras llevan el nombre de tan ilustres sabios. Agustini Bassi (1773-1857), pionero en bacteriología, que diez años antes de Pasteur (1846) afirmó que "los materiales contagiosos son sustancias actualmente vivas, es decir, parásitos animales o vegetales".

En el siglo XIX brillan especialmente tres grandes figuras de la ciencia italiana. Cesare Lombroso (1836-1909), de Verona, uno de los más destacados profesores e investigadores del siglo; se dedica especialmente a la anatomía y la fisiología cerebrales y es el iniciador del estudio científico de la criminología; autor de las trascendentales obras "Genio e folia" y "L'Uomo delinquente"; estudia también el cretinismo y la pelagra y plantea las bases de las medidas legislativas contra esta enfermedad. Camilo Golgi (1844-1926), de Cortona, uno de los más grandes anatómicos del sistema nervioso en el siglo XIX; autor de métodos de coloración histológica, se consagra especialmente al estudio de la sustancia gris del cerebro y de las estructuras finas del cerebelo y de la médula; descubre las celdillas que después se llamaron corpúsculos de Golgi. Giovanni Battista Grassi (1854-1925), de Rovelloasca, cerca de Como, se dedica a la anatomía comparada; pero se destaca especialmente por sus estudios del plasmodium del paludismo en el hombre y en las aves, descubriendo en 1898 la capacidad del anófeles para transmitir la malaria por el parásito que lleva en el tubo digestivo; se le deben también importantes observaciones sobre la anquilostomiasis; es así uno de los primeros parasitólogos italianos. C. Van Economo, de quien se dice que en 1917 descubrió la encefalitis letárgica. Negri, descubridor de los corpúsculos que llevan su nombre y se encuentra en los que sufren rabia. Marchiafava, anatomopatólogo, que estudió el parásito del paludismo. Banti, cuyo nombre lleva un padecimiento del bazo.

Un lugar especial deben ocupar en esta somera recordación dos grandes médicos italianos, a quienes el autor de estas líneas tuvo la satisfacción de conocer en el VI Congreso Internacional de Tuberculosis que se reunió en Roma en abril de 1912. Maragliano, de Génova, presidente de ese Congreso, de frente amplia, de ojos vivos, y bigote corto como el que usara después un caudillo alemán de cuyo nombre es mejor no acordarse;

senador del Reino, iniciador de diversas campañas sanitarias; que estudió la malaria y que recomendó el tratamiento profiláctico de la tuberculosis por bacilos muertos. Guido Bacelli (1852-1916); también de frente despejada, de mirada penetrante, de grandes bigotes doblados hacia abajo y de corta perilla; que recordaba a los grandes italianos del Renacimiento; patólogo, cardiólogo y neurólogo, dejó huellas profundas en semiología, con sus estudios sobre la transmisión de los soplos cardíacos y sobre algunos signos respiratorios, entre ellos la pectoriloquia áfona o signo de Bacelli; sociólogo y poeta, fué también de los médicos italianos que se preocuparon por el problema del paludismo; implantó la terapéutica endovenosa en ese padecimiento y, sobre todo, dió gran impulso al saneamiento de la Campiña Romana y de los llamados pantanos pontinos. Se tenía tanta estimación y tanto respeto por estos dos grandes sabios que en la ceremonia de inauguración del mencionado Congreso ocuparon lugar preferente en su presidencia. Los Reyes de Italia, que también concurrieron, ocuparon solamente asientos especiales en la primera fila de los lugares destinados al público. En el mismo Congreso se distinguió Carlo Forlanini, que con sus investigaciones experimentales puso las bases del tratamiento de la tuberculosis pulmonar por el neumotórax.

Todavía se debe mencionar otras figuras de la Medicina Italiana. Duranti, dedicado a la cirugía de los tumores, del cráneo y de la tuberculosis. Bastianelli, autor de la operación de la hernia que lleva su nombre. Augusto Ducrey, que aunque no de origen italiano, fué profesor de bacteriología en las escuelas de Pisa y Roma y en 1889 descubrió el bacilo del chancro blando. F. Rizzoli, de Bolonia, el primero en reconocer la importancia del estudio sistemático del aparato motor en sus relaciones con la ortopedia y fundador del Instituto que lleva su nombre y se dedica a esa actividad médica. Vanghetti, que concibió la idea de la amputación llamada "cinemática", para aprovechar los músculos del muñón como unidades motoras en los aparatos protéticos. Leonardo Bianchi, uno de los fundadores de la neuropsiquiatría italiana; autor de numerosas monografías sobre localizaciones cerebrales, semiología nerviosa, enfermedades del cerebro y psiquiatría; siendo ministro de Instrucción Pública promovió la autonomía de las universidades. P. Mantegazza, pionero en ortopedia; estudió la influencia de las glándulas sexuales en los caracteres sexuales secundarios y también tomó parte activa en la campaña contra la malaria italiana. En ella se distinguió muy particularmente Angelo Celli, que promovió la legislación antimalárica; instituyó el control de la quinina por el Estado;

estableció el tratamiento gratuito de los palúdicos con quinina suministrada por los municipios y contribuyó al señalamiento de las zonas maláricas. Y para cerrar con broche de oro esta enumeración, María Montessori (reciente candidata al Premio Nobel), autora del método que lleva su nombre para la educación de los párvulos, que, por la singularidad y trascendencia de sus bases y de sus procedimientos, revolucionó esa importante actividad educativa, dando a su ilustre iniciadora un lugar prominente en la Historia de la Educación, al lado de Froebel y Pestalozzi.

La Medicina Italiana, por intermedio de sus catedráticos, de sus investigadores, de sus hombres de Estado y de los que la han cultivado a través de la historia, ha contribuido, como la de los demás países que se enorgullecen de ser latinos, al mejor conocimiento del hombre, a la promoción y conservación de su salud, a su defensa contra la enfermedad y, como resultado de todo esto, al acrecentamiento de la felicidad y del bienestar humanos. Por eso, ha sido útil y también justo recordar aunque sea sumariamente, como se ha hecho en estas líneas, la deuda que la Humanidad tiene contraída con quienes pudieron y supieron realizar esa obra en un país que, entre otros méritos, tiene el de compartir con Grecia la gloria de haber sido la cuna de la Civilización Occidental.